

Certamen Naturaleza y Literatura. Modalidad Relato (1-7-2025)
Ganador: Óscar Gómez Benítez

LA MEMORIA DEL MAR

Cerró los ojos por un instante, sintiendo la vibración de la isla bajo ella, el eco del océano resonando en su pecho

Elia siempre oyó decir que Tenerife era surrealista, y que Garajonay era un paraíso de la niebla, con sus árboles enormes destilando agua como si estuviesen respirando. También escuchó decir que La Gomera era mágica, comprendiendo porqué allí, cuando llueve, los charcos de las orillas son más transparentes, como si quisieran prolongar la luz de cada madrugada. Entonces apoyó la mano rugosa sobre la piedra caliente del banco. El sol de la tarde arrancaba destellos cobrizos a la tierra roja que se aferraba con firmeza a las laderas, desafiando la gravedad y el viento. Abajo, el azul profundo del Atlántico respiraba con un ritmo lento y poderoso, un rumor constante que era más que sonido: era el latido mismo de la isla. Había caminado desde la casa, siguiendo el sendero que serpenteaba entre tabaibas dulces y amargas, cuyas formas retorcidas parecían esculturas nacidas de la sed y la resistencia. Cada paso era un diálogo silencioso con el paisaje. De La Gomera conocía cada recodo; cada piedra que sobresalía, tanto como la sombra esquiva de las sabinas. Su abuelo le había enseñado los nombres de las plantas, no solo los comunes, sino aquellos que escondían historias antiguas, remedios olvidados y advertencias sobre el clima. Le había hablado, sobre todo, del mar. “El mar no es solo agua”, le decía, sentado en el mismo muro donde ahora descansaba, mirando cómo las olas rompían contra las negras arenas de la playa. “Es memoria”, le dijo. “Guarda las voces de los que se fueron, el eco de las caracolas, la fuerza de la tierra que hierve bajo nosotros”. En un instante sintió que esa rememoración era como un fantasma que venía a visitarla trayéndole un regalo extraño: el paisaje después de la lluvia. Elia recordó lo que había escuchado decir de Pedro García Cabrera, el poeta canario que encontrará en el mar una inspiración inagotable de metáforas e imágenes. No había leído todos sus poemas, pero le bastaba conocer del tratamiento que aquel pantanero universal le daba al ámbito geográfico insular, para creer que él lo habría entendido. Porque ella también soñaba con la mar, y sentía en el aire salado, en la caricia áspera de los vientos alisios, esa misma devoción que, según contaban, profesaba el poeta, para quien todo estaría “en una caracola de rumores”, que traían consigo una ilusión de eternidad, “antes de que germinasen las algas una sonrisa nadándole los labios”. Pero el amor no era idílico ni complaciente, sino consciente de la dureza y la belleza indómita de estas islas surgidas del fuego y abrazadas por el océano. Se levantó y continuó

ascendiendo. El aire se volvía más fresco, cargado con la humedad que empezaba a deslizarse desde las cumbres, el anuncio del mar de nubes que a menudo coronaba la isla como un velo sagrado. El camino se estrechaba, flanqueado ahora por hayas, brezos y acebiños, precursores de la laurisilva que aguardaba más arriba, el corazón boscoso de La Gomera. El silencio era diferente, poblado por el goteo del agua que se desliza desde el Garajonay -ese paraíso de la bruma- colándose entre las rocas, entre el roce de las hojas y el canto lejano de un pinzón. Está, se dice, en un lugar de misterio y respeto, donde los árboles antiguos -viñátigos, laureles, tiles- guardan secretos bajo sus cortezas húmedas y sus ramas entrelazadas filtran la luz del sol, creando una atmósfera de catedral natural. No es un monte cualquiera: es un vestigio de eras pasadas, un superviviente terco como la propia gente de la isla. La Gomera -se lo han dicho y ella lo repite para sí misma- es mágica. Pero hoy su camino no la llevaba tan adentro. Su destino era el mirador natural al borde del acantilado, un balcón sobre el vacío desde donde el mundo parecía reducirse a tres elementos primordiales: el basalto bajo sus pies, el cielo infinito arriba, y el mar, el omnipresente mar, extendiéndose hasta tocar el horizonte. Al llegar, el viento la recibió con fuerza, invadiéndola con el olor penetrante de la maresía y el grito agudo de una pardela que planeaba sobre las corrientes de aire. Se sentó en el borde, con las piernas colgando sobre el abismo azul, una sensación que siempre le producía un vértigo familiar y extrañamente reconfortante. La inmensidad no la empujaba; la conectaba. Desde allí, la costa se desplegaba como un mapa arrugado: acantilados negros que caían a pico, pequeñas calas escondidas donde las olas morían con un suspiro blanco, barrancos profundos que semejan cicatrices antiguas por donde la isla respira y sangra agua cuando llueve con furia. Pudo ver los Roques, centinelas de piedra que emergían tierra adentro, testigos mudos del tiempo geológico. Entonces pensó en la fragilidad y en la fortaleza. La fragilidad de la vida en un entorno tan expuesto, tan abatido por los elementos. El lagarto que se escabullía entre las piedras, el bejeque minúsculo que brotaba en una grieta, los propios isleños, adaptados a vivir en el filo del mundo. Y la fortaleza inmensa de la naturaleza misma, su capacidad de persistir, de crear belleza a partir de la violencia volcánica y la caricia constante del mar. Pensó también en la eterna primavera caliente de Lanzarote, con la lava de sus volcanes desembocando en un irrepetible palmeral. Volvió a vivir un abril en Playa Santiago, y se acordó de un verano melancólico en Valle Gran Rey. Conoció la felicidad en Fuerteventura y, al hacerlo, supo por qué sentía estar como una isla dentro de otra isla. Se imaginó por qué Garajonay es el paraíso de una niebla que se interrumpe en el Teide, y en ello estaba cuando el sol comenzó a descender, tiñendo el cielo de naranjas y violetas imposibles. Un mar bravío y huidizo recogía esos colores

y los devolvía multiplicados, como si cada ola fuera un lienzo líquido. Era un espectáculo diario y, sin embargo, siempre nuevo, siempre sobrecogedor. Elia cerró los ojos por un instante, sintiendo la vibración de la isla bajo ella, el eco del océano resonando en su pecho. Pensó otra vez en García Cabrera, y se lo imaginaba en un lugar como aquel, no muy lejos, en otra isla hermana, buscando palabras para nombrar esa emoción profunda, esa fusión entre el alma y el paisaje. Trató de memorizar alguna letra herida de sus "Líquenes" o de sus "Alondras" para entender aún más el amor del poeta por sus islas; el cual, antes que una expresión afectiva o una admiración estética, era un reconocimiento de identidad, una comprensión de que el ser canario está intrínsecamente ligado a esa tierra volcánica y a ese mar infinito. Era saberse parte de algo más grande y más antiguo que te moldeaba como el viento lo hace con la roca o el mar con los callaos. El sonido lejano, casi imperceptible, de un silbo, atravesó el aire. Tal vez fuera algo real o quizás solo un eco en su memoria del lenguaje ancestral que parece nacer de la necesidad de comunicarse -a largas distancias- a través de los barrancos, otra prueba de la simbiosis entre la humanidad y esta geografía imposible. Se levantó lentamente. El crepúsculo avanzaba, y las sombras comenzaban a alargar el perfil de los acantilados. Era hora de volver, de descender por el sendero llevando consigo la paz salada del mar y la solidez silenciosa de la piedra. Mientras caminaba de regreso, bajo las primeras estrellas que empezaban a parpadear en el cielo limpio, sintió una gratitud serena. Gratitud por la belleza áspera que la rodeaba, por la memoria de sus abuelos, y por la de aquellos que supieron ver y amar el corazón verdadero de estas islas flotando en medio del Atlántico. Y, sobre todo, por las palabras de Pedro García Cabrera cuando dice irse al mar por sus amigos ahogados, por la patria o por un sueño, o simplemente por ir allí todavía: la mar sin nombre para pedirle que no haga naufragar sus palabras; para que todo quede: "en una caracola de rumores, confundido en la sal como al principio, antes de que tuviese el agua la primera ilusión de eternidad".

Hay mundos que se observan a través del microscopio y otros que solo se pueden descifrar con la tinta. Oscar Gómez, Doctor en Ciencias Biológicas (Universidad Politécnica de Cataluña) ha transitado ambos universos. Producto del lamentable éxodo venezolano vive actualmente en Perú, trabajando como consultor ambiental en una empresa del ramo. Vocacionalmente usa la palabra escrita como refugio personal donde ha dado forma a ensayos y cuentos desde joven; aunque lo considera un pasatiempo, ha sido reconocido con la mención especial en el concurso "Cartas de Amor" de Montblanc.

Su escritura se nutre de lo íntimo, como la "Oda al Tomate" que compuso para un trabajo escolar de su hija Manuela, demostrando que la poesía puede florecer en los gestos más sencillos.

Hace dos años, visitando a Manuela (vecina de Vallehermoso) descubrió La Gomera, una isla que más que un paisaje es un estado de ánimo, un eco de felicidad en los ojos de su hija. El certamen "Naturaleza y Literatura" en honor a Pedro García Cabrera lo inspiró clara e inmediatamente: "La memoria del mar" nació del deseo de ver la Isla a través de la mirada de Manuela, para dialogar con el legado del gran poeta gomero. Es un texto que teje la ciencia de la vida con la memoria del afecto, un homenaje a la naturaleza y a los lazos que nos unen a ella.